

Jorge Fernández Díaz

CORA



Jorge Fernández Díaz

CORA

Novela  Planeta

1

AMOR

A veces Cora Bruno era capaz de ejercer una cierta imaginación extrasensorial. En el semáforo de Bouchard y Tucumán, sin que mediara ningún estímulo externo o cayera ningún rayo, fue atacada por una de sus famosas corazonadas, e imaginó entonces con pelos y señales a su clienta en el garaje techado de un hotel de Puerto Madero esperando que su esposo bajara con su amante secreta. Era viernes, estaba terminando la hora de la siesta, y Cora le había informado que el infiel solía despedir a su joven secretaria hasta el lunes con un revolcón amoroso; después la dejaba en su departamento del centro y él seguía viaje hasta Nordelta, donde lo aguardaba un despreocupado fin de semana de golf, asado y calor familiar.

El semáforo cambió de rojo a verde, pero Cora no arrancó, absorta como estaba en esa escena minuciosamente imaginada. Dentro de la cartera Louis Vuitton su clienta llevaría la pistola Beretta calibre 22, niquelada y de cachas negras que el marido le había regalado para su cumpleaños y con la que practicaba tiro en un polígono de la zona norte, más por deporte que por miedo a la

inseguridad. Era un arma pequeña con gran capacidad de daño interno. “Voy a matarlo a ese hijo de puta, te lo juro”, prometía llorando después de haber visto las filmaciones y las fotos, y luego de haber vomitado en el baño el copetín de la tarde. Ese era siempre el punto más delicado de todas las operaciones de seguimiento: la presentación final de los resultados. Un informe que exigía estar muy bien documentado, no solo porque se utilizaría más tarde en las demandas y en la negociación de bienes, sino principalmente porque uno no ve lo que no quiere ver y porque la resistencia al mero registro escrito era muy alta. En asuntos de amor, la imagen sigue valiendo más que mil palabras, y entonces los infieles deben ser filmados y fotografiados al menos en dos oportunidades, como para aventar una confusión o la idea de que se trata de una canita al aire. Pero cuando el material reunido era contundente, y el cliente lo aceptaba como un hecho consumado e irreversible, sobrevinía enseguida el desmoronamiento, la rabia infinita, las promesas de una revancha. Había que saber entonces contenerlos, y a veces acompañarlos psicológicamente en los días posteriores. O al menos esas eran las molestias que se tomaba Cora. Sus colegas se reían de ella a sus espaldas: sus protocolos solían terminar con la entrega de la información; lo que hicieran con esos datos aquellos infelices era cosa de ellos. Pero Cora tenía un carácter especial, y de hecho su dedicación le había granjeado mayor clientela. Se corría la voz de que no solo era eficaz, sino además sensible y solidaria, y buena consejera en cuestiones del corazón y en momentos oscuros.

Cora Bruno, como cualquiera, no había nacido sabiendo: al comienzo de su larga carrera le reveló a un cliente que su mujer se acostaba con un empleado, y el cornudo le tiró literalmente encima un camión y lo mandó a terapia intensiva. Cora se sintió culpable, veló esa internación y estuvo realmente tranquila solo cuando el empleado salió con muletas del Hospital Fernández.

Desde entonces procuraba, en la medida de lo posible, acercar buenas sugerencias, mantenerse en contacto y vigilar las secuelas del descubrimiento. Y sobre todo, negarse a algunos pedidos estrambóticos. Una vez acompañó a su clienta hasta el bulín clandestino de su esposo para sorprenderlo *in fraganti*: la paga era tan buena y la necesidad económica tanta, que Cora cedió a la tentación y aceptó el rol de acompañante terapéutica. Terminaron todos en la comisaría. La clienta quiso apuñalar al desleal con un tramontina, y por poco lo consigue. Cora se hizo un juramento: nunca más, ni por hambre.

Había aplicado su metodología particular con la dama de Nordelta, pero la tonta era impulsiva y narcisista, y algo le decía en su fuero interno que también era capaz de cualquier cosa. Quizá se tratara de su teoría del volcán. Había clientes de los dos sexos que, enterados de la infidelidad, encaraban de inmediato al traidor, y otros que aguantaban en silencio y evaluaban la estrategia. Estos últimos eran los más peligrosos, porque llevaban un volcán adentro y estaban siempre a punto de explotar. La señora de Nordelta todavía no le había transmitido a su esposo lo que ahora sabía fehacientemente, seguía masticando todo en las sombras, y era una potencial bomba de tiempo.

Cora ya no iba a quedarse en paz con aquel mal palpito, así que ejecutó dos maniobras a la vez: pisó el acelerador sin escuchar los bocinazos, llegó a Corrientes y dobló a la izquierda, mientras pulsaba el botón de llamada y rogaba que la doliente respondiera. Pero la doliente no respondía, y Cora encaró Alicia Moreau de Justo y anduvo en zigzag por ese tránsito lento, manejando con una sola mano y emitiendo un mensaje urgente (“llamame”) y volviendo a presionar la tecla. Y volviendo a dejar en Whatsapp otra línea rápida (“llamame, no sabés lo que pasó”) porque nadie resiste esa clase de cebos e intrigas. Pero la susodicha no contestaba por ninguna vía, y a Cora eso le aceleraba el pulso. Una de

dos: estaba en yoga o esperaba en el estacionamiento de aquel hotel que las puertas del ascensor se abrieran. Ese es el problema de algunos tiradores de polígono –pensó–. Se mueren por apretar el gatillo en una situación real. El gatillo calienta.

Bruno tenía quince años de experiencia en este oficio; había vivido muchas situaciones riesgosas y disparatadas. Y antes se había formado como investigadora en la Policía Aeronáutica persiguiendo ladrones, mulas y narcos, y había pisado algún hormiguero. Para sacarla del medio sus superiores la ascendieron, y la pusieron a realizar tareas de Inteligencia, mayormente sobre los secretos inconfesables de los aspirantes a ingresar en el cuerpo. Esas tareas del Departamento de Personal se le daban tan bien, que ciertos oficiales le soltaban unos pesos para que hiciera algunas extras y espicara eventualmente a una esposa o a un cuñado, o le echara un vistazo a las andanzas y antecedentes del novio de la nena. Dos fenómenos cruzados se produjeron al mismo tiempo: su carrera se vino en picada y los trabajos exteriores se incrementaron de manera exponencial. El asunto terminó como debía. Pactó una salida decorosa e instaló su oficina sobre el café de su hermana Laura, gastronoma y repostera de Palermo Hollywood, y recién separada. Esa antigua casa familiar se consiguió gracias a un remoto crédito hipotecario que en los buenos tiempos habían obtenido y pagado con gran esfuerzo sus padres. Franco era empleado del aeropuerto de Ezeiza, la llevaba de chica a ver los aviones y le insistía con que estudiara para azafata y diera la vuelta al mundo. El viejo no fumaba ni bebía, ni padecía de sedentarismo. Pero, así y todo, una noche se murió sin previo aviso en su propia cama.

La viuda se llamaba Perla, fue una cocinera excelente, tenía ahora 86 años y se había internado voluntariamente en un geriátrico

de la calle Honduras. Sus hijas le pagaban en secreto a dos “amigas profesionales” para que la visitaran, la sacaran a pasear y jugaran con ella a la canasta, porque a la vieja le encantaba la baraja, era buenísima con eso y no había compañeros en la residencia que estuvieran a su altura. Las “amigas” fueron introducidas alternativamente por Cora y por Laura: se las presentaron como parientes políticas o amistades del barrio, personas simpáticas y desinteresadas, y adictas irreductibles al naípe, siempre buscando rivales de porte. Al principio Perla pareció sospechar el engaño, pero a lo mejor para no desilusionar a sus hijas, terminó por aceptarlo como usualmente aceptamos una mentira conveniente. Disfrutaba mucho de esas “amigas” nuevas que le ganaban y que de vez en cuando se dejaban ganar, y que luego discretamente pasaban por la caja para que Laura las convidara con un té con leche y unos *macarons*, y les pagara por los servicios prestados. Perla había tramitado la sucesión y había donado la casa a sus hijas. Rápidamente, Laura hizo con aportes de su inminente expareja una laboriosa restauración y abrió un salón de té todoterreno pero especializado en dulces. Y Cora tomó la planta alta para establecerse: dormitorio, despacho, vestíbulo y sala para los cursos interactivos y presenciales de detective privado: se ganaba buena plata con esa exótica y muchas veces inútil pedagogía.

Las hermanas eran diferentes pero muy unidas, y los dos hijos adolescentes de Laura se habían convertido en la debilidad de su tía. Que no había sido madre, y que se había casado una sola vez, con un piloto de Aerolíneas Argentinas que obviamente tenía novias en diversos destinos. Durante años, Cora Bruno había pasado por diferentes estados de ánimo frente a esa certeza. Primero intentó aceptar que se trataba de una fatalidad muy extendida y que ella debía mirar para otro lado. Luego intentó encajar la idea de que las vidas de los hombres y de las mujeres se desarrollan en distintos planos y que lo único relevante consistía en el hecho de

que al menos en territorio nacional su marido no necesitara a nadie más que a ella. Finalmente, su propio oficio la condujo, en un brusco brote de celos y de curiosidad, a utilizar toda la tecnología disponible y aprendida para investigarlo a fondo y a distancia. Fue entonces cuando descubrió que no tenía múltiples amantes. Era mucho peor que eso: estaba profundamente enamorado de una azafata italiana que residía en Madrid. Sus *mails* eran íntimos y ardientes, pero también cursis y románticos; él soñaba con mudarse a España y casarse con ella. La tana lo mantenía a raya y a la espera de un gesto concreto. Pero el piloto dilataba la situación, no porque estuviera fingiendo, sino porque temía que Cora colapsara, se tomara un frasco entero de pastillas o incluso se cortara las venas. Bruno se echó a reír y a llorar al chocarse con semejante estupidez, y anduvo rumiando durante tres días cómo castigarlo, revolviendo con la cuchara del odio la lava del volcán. Cuando el piloto regresó de su viaje, Cora lo aguardaba en el espigón internacional: él dejó su maleta en el piso para abrazarla y ella le devolvió un beso largo y profundo. Después le acercó los labios al oído y le explicó que había mudado toda su ropa a un Howard Johnson y que ya podía llamar a la italiana y avisarle que ella no pensaba suicidarse. Cuando el piloto se tensó, apartó la cabeza y quiso responder, Cora le tapó con un mano la boca y le sonrió con la benevolencia de una madre y la melancolía de quien ha perdido algo, y se quedaron así congelados y transidos durante todo un minuto mientras hordas de pasajeros indiferentes pasaban a su lado. Hasta que Cora retiró esa mordaza, sonrió con una pizca de sorna y echó a caminar sin darse vuelta. El piloto tuvo el buen gusto de no perseguirla, de no pretender explicar lo inexplicable y fatal. Y casi sin despecho, pero con el corazón partido, Cora se metió en su coche y anduvo a ciento setenta por la autopista llorando a los gritos, mientras escuchaba a todo volumen las desgarradoras y previsibles canciones de Chavela Vargas.

Diez años después ya había hecho su autocrítica. En el fondo, Cora siempre había considerado que el piloto estaba muy por encima de sus posibilidades: era un galán espléndido, y ella no pasaba de ser una mujer común y empeñosa que luchaba día a día para mantener a raya un leve sobrepeso, y que batallaba contra su irresistible afición a los dulces. Algo que la llevaba a oscilar entre cíclicas y extravagantes dietas de agua y lechuga, y atracones nocturnos de helado y chocolate. Admiraba secretamente a las flacas por muy feas que fueran, y eso que ella tenía facciones atractivas y que, a pesar de algún kilo de más, nadie podía considerarla gorda; apenas “una rellenita que estaba fuerte”, como la calificó alguna vez un comisario de abordó. Pero el desnivel, aunque sea de un modo inconsciente, condiciona a ciertas parejas. Por otra parte, en los cinco años que duró aquel matrimonio legal, ella había abrigado la ilusión de convertirlo en padre, pero esa etapa coincidía con la independencia laboral, que lo absorbía todo. Más adelante, otro de sus novios, un psicoanalista de Gallo y Charcas, le dijo amargamente que ella no tenía espacio para el amor. Que toda su libido estaba puesta en su profesión, y que eso no debía avergonzarla, pero tampoco llevarla a engaño. La abandonó sin dilaciones ni dramas, y su hermana le preguntó si el sujeto no tendría algo de razón. A esto se sumaban las callosidades en la conciencia que le provocaba una ocupación tan particular. Que implicaba bucear las intimidades ajenas y toparse a cada rato con las infidelidades menos pensadas, con vínculos insospechados, con la falsa sensación de que todos mienten y actúan. De ahí a transformarse en una descreída absoluta había un solo paso. Y a veces, Cora Bruno no podía evitar darlo y pagar las consecuencias.

Por último, estaba su empleo, que provocaba fascinación y desconfianza en partes iguales, y sobre todo grandes malentendidos. Para empezar, la gente tenía prejuicios acerca de cualquier

integrante de una fuerza de seguridad, como si la corrupción y la violencia en algunas de esas instituciones manchara necesariamente a todos sus miembros y los convirtieran de manera automática en mafiosos, fascistas o venales. Con eso se solapaban las fantasías literarias y cinematográficas: el sabueso, la caza del asesino, las deducciones y las huellas en la jungla de asfalto, y toda esa retahíla de mitos. La realidad resultaba bien distinta: los investigadores privados eran personajes grises y menores, y por lo general pacíficos, dedicados casi siempre a problemas que ni siquiera constituían delitos, y más cercanos a aburridos abogados divorcistas que a aventureros intrépidos. De hecho, Cora jamás portaba armas: guardaba en su dormitorio, dentro de una cómoda, una Bersa Thunder 380, pero no la tocaba desde hacía por lo menos una década, pese a que siempre se prometía limpiarla. En la Policía Aeronáutica la habían adiestrado en la lucha cuerpo a cuerpo, pero de todo ese despliegue solo le había quedado la modesta costumbre del yudo, donde sin embargo no había pasado del cinturón azul. Lo practicaba en un gimnasio de Niceto Vega tres veces por semana, porque el entrenamiento previo era riguroso y le ayudaba a quemar calorías y le mejoraba la respiración y la autoestima, y también porque a veces una llave de inmovilización o un barrido servían para situaciones enojosas, como por ejemplo que el objetivo, pescado *in situ*, se te venga de pronto encima para quitarte la cámara o para sacarse la bronca. Algunas de esas personas, ocasionalmente, la habían amenazado de muerte, y un escribano le había iniciado una demanda por invasión a la privacidad y daño moral, pero la causa había quedado obviamente en la nada, y Bruno no tomaba muy en serio esas hostilidades. Para sus eventuales novios, en cambio, todo ese mundo de espías de menudencias y de hallazgos pasionales, resultaba al principio excitante, después bizarro y al final agresivo e incómodo. Andar con una investigadora privada era un chiste sabroso en mesa de

amigos, pero después un carnaval para frikis: mamá, te presento a mi novia, trabaja de detective. Mejor salir corriendo. El piloto nunca se dejó intimidar por esos asuntos folclóricos, porque se habían conocido precisamente en aquel territorio común de los aeropuertos, pero las posteriores parejas de Cora Bruno resultaron vulnerables al exotismo, y es por todo eso que ella permanecía soltera y sin apuro a los cuarenta y seis años, algo que no la entristecía ni la ponía nerviosa, aunque muy en el fondo no abandonaba nunca la inconfesable esperanza de encontrar alguna vez su media naranja.

Cora siguió presionando varias veces la rellamada de su celular y hasta le grabó un mensaje de voz por Whatsapp a su clienta (“no lo hagas, esperame, no te arruines la vida”), mientras avanzaba con su Renault Kangoo de vidrios polarizados en esa avenida atascada de viernes por la tarde. El utilitario resultaba ideal para seguimientos; era ligero y alto: desde allí los autos comunes no les bloquean la visión a las cámaras de fotos ni a las filmadoras escondidas. Como profesional, las grandes ventajas de Cora eran la comprensión psicológica y el desempeño en la calle. Sus debilidades, la poca diversidad temática (ya se sentía insegura fuera del área de los temas puramente sentimentales) y su irregular relación con la tecnología de punta, que solía dejar en manos de su socia y ayudante: Josefina Beltrán, Fina para los amigos, ingeniera informática y con retiro efectivo de Gendarmería Nacional.

Para Fina se trataba de un negocio *part time*, puesto que ganaba bastante más evaluando cortafuegos o realizando tareas de diseño y protección para pequeñas y medianas empresas. Pero su vocación real y todo su entusiasmo se concentraban en la agencia de Palermo Hollywood, donde ella misma había aprendido a realizar persecuciones con su moto Yamaha, y en donde también

daba cursos presenciales o interactivos de espionaje electrónico: micrófonos inalámbricos, cámaras ocultas, localizadores, chucherías variadas y técnicas de rastreo y análisis de información fluctuante en las redes sociales. Cora le tenía prohibido avanzar más allá, porque Fina era una experta, a su vez, en pinchaduras de líneas fijas y móviles, y también en computadoras. No siempre la obedecía. Su cariño por Bruno era tal, que Laura le advirtió una noche: “Fina está enamorada de vos, aunque nunca te lo va a decir”. Cora asintió en silencio, sabiendo que su hermana daba en el clavo, pero resolvió allí mismo no cambiar ni estropear la cosa: grandes amistades se sustentan y desarrollan como sublimación, y a veces es peor el remedio que la enfermedad. No aclaró para no oscurecer, no alentó falsas ilusiones ni se privó del afecto entrañable; tampoco de contarle sus propias peripecias románticas, y Fina jamás movió una pieza en falso ni demostró aflicción. Era una mujer delgada, pero de un aspecto neutro: la espía perfecta, porque nadie reparaba en ella. Una señora invisible, con un pelo entrecano y breve, peinado a lo Jean Seberg. Muchas veces Cora había pensado si no debía cortarse ella también el pelo, que era castaño y medio ondulado, y que solía llevar atado en una colita o caído hasta los hombros sin ningún arreglo particular. Fina le elogiaba la nuca y la forma de la cabeza: “Para usarlo a la que te criaste, mejor mostrar lo que tenés bueno”, le insistía en vano. Su socia era un puntal, pero Cora Bruno sabía por experiencia que sus clientas habitualmente llegaban a su oficina después de una larga y escrupulosa pesquisa previa: los celos y la obsesión convertían a las mujeres en sofisticadas internautas; revisaban Facebook, Instagram, y de alguna u otra manera, conseguían incluso adivinar el *password* de sus esposos y penetrar con ingenio en sus *notebooks* y hasta en sus celulares a la vista. Los hombres tampoco se quedaban atrás, pero eran menos perspicaces y metódicos. Muchas separaciones estaban basadas en un diálogo capturado, o

en una línea íntima e inconveniente, o en un *mail* perdido. Pero cuando esos datos virtuales no se obtenían de un modo casero, no quedaba más chance que recurrir a un detective privado, y apostar a que las evidencias fueran recolectadas en el mismísimo mundo real, allí donde Cora se movía como pez en el agua. Aunque, como se ve, aquel viernes las cosas se le estaban desmadrando: evidentemente la dama de Nordelta se había colado en el estacionamiento del hotel de Puerto Madero y esperaba que en minutos más el esposo bajara con su encantadora secretaria, recién duchados y felices, y se metieran en el BMW negro y brillante. Que la dama debía de estar acechando, con su cartera Louis Vuitton abierta y su Beretta niquelada a mano. El sexto sentido de Cora ya había aventado cualquier duda al respecto: su clienta no estaba en yoga, sino en ese resbaloso umbral de la tragedia.

Aquella clarividencia no solo se debía a los años de trinchera. Su pequeña agencia se encargaba de seguimientos laborales, paraderos y hasta de ocasionales robos domésticos, pero el riñón del presupuesto lo engrosaban estas desgracias maritales. En consecuencia, Bruno se había interesado cada vez más por la literatura temática: libros de autoayuda, ensayos sobre la emocionalidad y psicoterapias de distinta índole. Rechazaba la novela rosa, que le había encantado de joven, pero leía revistas del corazón con ánimo de estudiar y comprender las comedias y los dramas que sucedían en la gran vidriera, puesto que muchas veces los famosos transparentaban los fenómenos sentimentales que sufrían los seres anónimos y corrientes. La principal proveedora de esas revistas sobadas pero vigentes era su peluquera y exalumna Lorena Vázquez. Su ingreso a la mesa de los lunes —cuando Laura cerraba temprano, cocinaba para el *petit comité* y todas ellas se quedaban hasta tardísimo diseccionando con lengua filosa los avatares de la

pasión y la convivencia—, se había producido de una manera espectacular. Una tarde se presentó en la agencia y les contó a Cora y a Fina que había resuelto un crimen.

Preparadas para sandeces y delirios, las dos sirvieron café, dispusieron sus máscaras de cortés incredulidad y abrieron las orejas. Lorena era una mujer llamativa y camaleónica, y creía con absoluta convicción que ella misma representaba su mejor publicidad, así que vivía cambiando de corte, de color y de peinado: ya podía lucir un día un rapado militar con mechas coloradas, como al otro exhibir extensiones peligrosas, o mutar del lacio Morticia a la permanente afro. En materia de tinturas, el arcoíris entero cruzaba por su cuero cabelludo: rubio, morocho, pelirrojo, pero también rosa, verde, azul, violeta y bordó. Nada la arredraba, pero en su estilo se podía decir que tampoco nada le quedaba mal. Lo que en otras sería ridículo, en ella se veía *cool*. Las metamorfosis escondían también una cierta insatisfacción consigo misma, y en algo se conectaban con la continua búsqueda frustrada de un príncipe azul. Terriblemente vulnerable al sexo, la mayoría de las veces elegía, con las hormonas, al hombre equivocado. Y no se privaba, en su papel de antiheroína y perdedora, de revelar sus peripecias de alcoba y sus derrotas afectivas con un irresistible humor morboso.

Aquella tarde estaba más locuaz y expansiva que nunca, particularmente impresionada por entrar en ese santuario del enigma y la investigación, aunque hablaba en susurros como si temiera ser escuchada por el homicida que venía a denunciar o por la policía, en la que nunca confiaba. El tema era más o menos así: atendía una vez cada veinte días a una anciana de la zona, que siempre parecía moderadamente interesada en los chismes del barrio, gran especialidad con la que la anfitriona aderezaba su trabajo estético. Mientras le lavaba el cabello y le emparejaba las puntas, Lorena encendió como siempre su informativo de murmuraciones

y calamidades. Fue por esa ruta verborrágica cuando, para ejemplificar la creciente ola de delitos, recordó un asalto a mano armada en la calle Guevara: el hecho había ocurrido de madrugada, dos meses atrás, y la mujer había agonizado en el Sanatorio de los Arcos. Para la peluquera, era escandaloso que ese espanto no hubiera espantado a casi nadie: no había ocupado más que un recuadrito en los diarios nacionales, y a lo sumo una nota de un minuto y medio en los noticieros nocturnos. Así de naturalizada se encontraba la violencia en las calles, así de jodidos estábamos. La vecina, que la miraba en el espejo, rompió el silencio y le dijo por lo bajo: “Es que no fue un asaltante, la mató el marido”. Lorena se quedó paralizada, porque su tono era firme y sereno, y sonaba verosímil. ¿De dónde había sacado eso? La vecina se explayó, pero sin énfasis: el marido estacionó el auto y la discusión fue subiendo de tono, se oía bastante bien porque era enero y la calle estaba desierta a esas horas de la madrugada. En un momento dado, la mujer se bajó del coche y trató de escapar por la vereda, pero el esposo se asomó con una pistola y le tiró por la espalda. Ella cayó como una bolsa de papas, él se bajó a recogerla, la metió en el auto y se la llevó quemando gomas. ¿Y usted cómo se enteró? “Tengo insomnio –respondió, parpadeando–. Escuché ruidos y me asomé a la ventana”. Lorena intentó sobreponerse a la sorpresa de esa casualidad, y enseguida preguntó lo lógico: ¿avisó a la policía? No había avisado a nadie, porque no era asunto de ella, porque no quería meterse en líos con la justicia y porque suponía que el tipo se había entregado y que algún oficial vendría alguna vez a tocarle el timbre. Vinieron a tomar unas fotos a la vereda, y charlaron un rato con el diariero, que no sabía nada, pero nunca fueron más allá: “Son unos vagos, y si el tipo confesó, ¿para qué agitarse?”, razonó. Pero la peluquera, que seguía con deleite las crónicas rojas en sitios especializados de Internet, sabía que por el momento no había existido ninguna confesión,

que el viudo continuaba libre y “dolorido”, y que la investigación no había registrado ningún giro copernicano: nadie hablaba de femicidio. Esta vieja es una mitómana, caviló, y entonces pasó a prepararle el color y a hacer de abogado del diablo. Pero la vecina no daba el brazo a torcer, ni se inmutaba. Al contrario, mientras pagaba, le soltó de pronto: “Al cuete fotografiaron la vereda, porque no había ni una gota de sangre. Solo quedaba ese zapato que perdió”. Lorena se puso nuevamente en guardia, y pidió urgente ampliación. La vecina le contó entonces, como si fuera lo más normal del mundo, que cuando estuvo segura de que el asesino se había marchado, salió a la calle, recogió el zapato y se lo guardó. “¿La verdad? No sé muy bien por qué lo hice, pero me pareció que no podía quedar ahí tirado. Es un zapato precioso, taco aguja, de fiesta”. Cuando cerró el local, Lorena Vázquez se arrojó sobre Google, como posesa, y se dio cuenta de que el sospechoso era hijo de un empresario español de la vieja escuela, dueño de diez restaurantes en Capital y tres más en la costa. “¿No es asombroso? –les preguntó a Cora y a Fina–. ¡Resolví un crimen!”

Las socias se miraron un segundo, y después Cora se encogió de hombros, se levantó y llamó por celular a un comisario mayor de la fuerza con quien había tenido alguna vez un roce y también una aventura pasajera. El comisario ocupaba un despacho en el Departamento Central de la calle Moreno, y escuchó jocosamente el relato; luego le prometió lo siguiente: le solicitaría al oficial instructor de la comisaría interviniente que leyera la denuncia y se fijara si al cadáver le faltaba un zapato. Nada más, porque no quería levantar la perdiz ni hacer un papelón. Tres días más tarde, el comisario llamó a Cora y le reveló que no faltaba ningún calzado, y que la vieja esa era una charlatana de feria y una versera. El tono del comisario resultaba sardónico y ultrajante, y su subtítulo, inequívoco: “No me molestes nunca más con esos asuntos pedorros en los que siempre andás metida”.

Tocada por ese desprecio, pinchada en su orgullo, Cora Bruno se apersonó en la casa de la calle Guevara, y logró que la vieja le franqueara el paso y la invitara a tomar un té. Cora se hizo pasar por un perito forense, y le contó que estaba recogiendo testimonios sobre la muerte de aquella mujer porque la autopsia había despertado ciertas dudas. La vecina respondía con suma prudencia, jamás bajaba las cartas, porque seguía asustada ante la posibilidad de que un juez le complicara la vida con comparencias y trámites, y después que el viudo se tomara venganza. Pero Cora tenía otra enorme virtud: empatizaba con las personas, era muy cálida y ganaba rápidamente confianza en el *tête a tête*. La vecina le mostró las fotos de sus hijos, y de su difunto esposo, le narró su larga vida y cada uno de sus achaques, y al final, cuando ya era casi de noche, subió hasta el altillo y bajó con el zapato. Que dentro de un paquete con moño, Cora le dejó al comisario en la Mesa de Entradas. Treinta y cinco horas más tarde, el capo del Departamento Central llegó al café de Laura Bruno, pidió un doble con un tostado, y le contó a Cora la historia completa en la mesa de la ventana. Con el zapato en la mano y la pobre vecina demorada, se había presentado en la comisaría y había exigido el expediente: al cadáver efectivamente le faltaba un zapato de fiesta con taco aguja. Hubo un encuentro a solas con el jefe de las seccional, con el segundo y con el oficial instructor. ¿Por qué le habían mentido? El patriarca español, puntual benefactor económico de la cooperadora policial, siempre había soñado con un nieto, pero su único hijo casado no le daba el gusto. Bajo presión, la esposa se hizo estudios y se sometió a alguna terapia alternativa, pero no había caso. Es que su marido era, en realidad, técnicamente estéril. Lo descubrió en un testeo secreto, que le ocultó a su mujer y, por supuesto, también a su padre. No quería cargar con la responsabilidad dentro de su propio matrimonio y mucho menos en el marco de esa familia

anticuada para la cual engendrar era el gran mérito y la gran prueba de masculinidad.

Una noche, durante un cumpleaños, ella pidió un minuto de silencio y anunció que tenía una sorpresa para todos, incluso para su querido esposo: “Estoy embarazada”. El inminente padre no pudo compartir la algarabía general, y esa misma madrugada, dentro del auto, le recriminó una infidelidad. La pelea fue creciendo: bajo emoción violenta él pretendía sacarle a bofetadas el nombre de su amante. La mujer logró zafar de la paliza y trató de escapar, pero el hijo del patriarca llevaba en la guantera una pistola, costumbre que había heredado de su progenitor. Llegó al satorio contando, a grito pelado, que habían sido víctimas de un robo. Y como se trataba de alguien conocido, el jefe de la seccional intervino personalmente. Enseguida olió que el viudo entraba en contradicciones, y llamó al viejo español para decirle que lo mejor era asegurarse de que todo quedara como debía quedar. El patriarca no dudó en pagar, aún sin entender a fondo lo que había sucedido, cosa que más tarde supo en detalle, porque su hijo se derrumbó y admitió todas las mentiras. Fue una fatalidad, nadie merecía ir preso por algo que puede pasarle a cualquiera, dijo cínicamente el jefe, y embolsó la “recaudación”. El comisario mayor de la calle Moreno no se rasgó las vestiduras, solo les ordenó que empezaran de cero: le tomarían declaración a la vecina, hablarían con el juez, lo acusarían oficialmente al imbécil y lo detendrían de inmediato, y finalmente le devolverían toda la guita al patriarca. “Eso último no va a ser posible, mi mayor”, le respondieron los tres involucrados; ya se habían patinado la plata en el casino flotante.

Cora no le dio las gracias ni le regaló una sonrisa al comisario mayor, y Laura hasta le cobró la merienda. Pero le organizaron a

la peluquera una cena de honor, y la incluyeron en la mesa de los lunes. Lorena, en trance, les rogó que la aceptaran en los cursos detectivescos que impartían en la planta alta, y a lo largo de dos años tuvo asistencia perfecta y provocó algunas de las anécdotas más divertidas de esa “escuelita”, que era un gran entretenimiento para soñadores, pero que al mismo tiempo representaba una buena fuente financiera y ayudaba a crear una red. Se trataba, por lo general, de civiles con empleos aburridos, que por supuesto no renunciaban a ellos cuando les extendían el diploma de detective. En la segunda parte del curso, Cora y Fina los hacían pasar a la parte práctica: llevaban a los alumnos en sus seguimientos y pesquisas, aunque tratando de no exponerlos a peligros verdaderos. Quedaban luego automáticamente registrados en una red, y cuando las socias necesitaban una mano para una vigilancia discreta o para una diligencia en determinado barrio, esos alumnos recibidos eran “despertados” y subcontratados: ellas pagaban poco, pero un oficinista que recibía una misión se sentía encantado de dedicar una tarde o una noche a seguir a un objetivo, con las técnicas que le habían enseñado y con la chance de ser detective por un rato. Se trataba de pequeños encargos, y todo parecía un juego. Pero a Cora Bruno la tranquilizaba saber que contaba con algunos de sus alumnos, los que realmente demostraban talento para la faena.

La organización de la “escuelita”, así como todo el papeleo administrativo y jurídico del café y de la agencia, estaban a cargo de la quinta integrante de la mesa: Marisa Grillo, contadora y abogada que todavía revestía como auxiliar del Poder Judicial, pero que compartía un estudio privado con su esposo, desde el cual gestionaba esos cuantiosos y soporíferos trámites. Compañera de la secundaria de Laura, compinche de Cora e hija postiza de Franco y Perla, ya era parte de la familia, y se la pasaba poniendo reparos a las licencias que esas detectives de poca monta se tomaban. Es

que las normas regulatorias, como siempre, resultaban tan estrictas como incumplibles, y Cora navegaba por los grises, procurando no caer en la ilegalidad, pero metiendo muchas veces la pata. Marisa Grillo, con los pelos de punta, batallaba contra apercibimientos y multas, que jamás llegaban, y con el fantasma de una terrorífica inhabilitación, que el régimen de prestadores de seguridad privada preveía pero que solo se ejecutaba en casos gravísimos. También asesoraba a Cora en sus presentaciones judiciales y la defendía de hipotéticas demandas posteriores, que al final rara vez se efectivizaban.

El aporte de Marisa a la mesa de camaradería era sustancioso, puesto que se trataba de una mujer tradicional, con un matrimonio satisfactorio y tranquilo, y sus puntos de vista parecían desequilibrar entonces a un grupo integrado por una separada llena de cicatrices, una divorciada en busca, una adicta al placer y una cultora del misterio y el celibato. Durante la última reunión, Cora había desatado un debate acalorado sobre el caso de Nordelta. Que parecía clásico en más de un sentido, pero que tenía algunas peculiaridades. Para empezar, el hombre se encontraba muy cómodo en esa situación, puesto que no estaba verdaderamente enamorado de su secretaria y no tenía la menor intención de quebrar su matrimonio. Había recurrido a ella no por frustración sexual (su esposa era muy buena en esos menesteres), sino por el gozo de la variedad, costumbre que practicaban “muchos machos mamíferos”, como apuntó la peluquera citando un documental de Animal Planet. Este punto llevó media hora de vigorosa y desordenada disputa dialéctica. Lo cierto es que el fulano no le había aclarado a su secretaria que esto no pasaba de un desahogo sin futuro, y se amparaba en la certeza de que no habría protestas puesto que seguía siendo su superior jerárquico en la empresa y tenía potestad para despedirla. Fina, sin embargo, no pudo con su genio y reveló que la esposa tampoco era completamente

fiel: tenía una relación íntima pero no física con un exnovio que trabajaba en Quebec. Los diálogos digitales empezaron en tono amistoso, pero seis meses después ya eran románticos y decididamente eróticos. Para Laura, una infidelidad virtual no era infidelidad; para Marisa tenía la misma gravedad que una encamada: ella nunca lo perdonaría. Hablaron también de perdonar, y de cómo habían cambiado los tiempos y por qué cada vez había más indultos y amnistías en ese rubro.

Cora pensaba en todas esas tonterías de sobremesa mientras tocaba ferozmente bocina para que los autos se movieran, y revisaba con frenesí el celular para ver si su clienta le devolvía algún mensaje o llamado. La fila iba a paso de hombre por Alicia Moreau de Justo, y a veces ni siquiera eso. Adelante, para colmo, sonaba una sirena de ambulancia y la perspectiva no parecía buena. Cora evaluó, por un momento, bajarse y echar a correr como una loca, porque no faltaba mucho, o incluso alertar a la Prefectura, que custodiaba el área del puerto, pero esas dos salidas le parecieron imprudentes y necias. Se mantuvo frente al volante unos minutos más, rezando avemarías, y de repente la caravana empezó a moverse, como si algo se hubiera desbloqueado. En trescientos metros alcanzó velocidad y en un santiamén giró a la derecha y dejó la Kangoo en un estacionamiento pago, entregó un billete en la taquilla y esquivó el tráfico, cruzó un puente, hizo tres cuadras largas por ese no lugar de dársenas y edificios inteligentes, y se coló en el garaje del albergue transitorio. Le costó acostumbrarse a la semioscuridad, y anduvo buscando con la vista a su clienta. Encontró el BMW negro y brillante, pero la dama no aparecía, y por primera vez Cora Bruno pensó que se había dado manija y que se había equivocado fiero. El fallo de su imaginación extrasensorial, lejos de decepcionarla, le producía alivio.

Para garantizar privacidad absoluta, en esas coordenadas de bajísimo índice criminal, el hotel prescindía *ex profeso* de un sistema

de cámaras de circuito cerrado, así que resultaba posible ingresar, como en los viejos tiempos, a esa playa sin ser detectado por la recepción. El acceso a las habitaciones era, claro está, mucho más restringido. Se trataba de un hotel moderno, limpio y confiable, lo mejor de la ciudad, y su reputación seguiría felizmente a salvo, porque ninguna desequilibrada le pegaría ese día un balazo a su marido infiel, ni saldría en los periódicos a raíz de su sangrienta hazaña. Cora, todavía resoplando, pero por fin relajada, dio media vuelta para irse, cuando de repente su clienta surgió detrás de una columna de hormigón. Traía los ojos desorbitados por los nervios y llevaba la Beretta niquelada en la mano caída, como su instructor le había enseñado.

—No te metas —la atajó a Cora con voz perruna.

Bruno miró de reojo el ascensor de puertas automáticas para ver si una luz revelaba movimiento, y se fue acercando a la dama con mucha cautela.

—Estás equivocada —le fue diciendo—. ¿Sabés lo que te hacen cuando entrás en la cárcel de Ezeiza? ¿Tenés idea?

La clienta levantó la pistola y le apuntó a la cabeza.

—No te acerques más.

Mascaba maníacamente un chicle y la vena del cuello parecía que estaba a punto de explotar. Cora se frenó en seco y levantó hasta la cintura las manos desnudas, como si quisiera frenar con ellas un camión. No era valiente, y en general sufría por adelantado, pero cuando la acción se desencadenaba solía tener una incompresible sangre fría.

—No se lo pongas tan fácil —le dijo—. ¿Sabés el buraco que le podemos hacer?

—Ya no me importa nada.

—Escuchame, tenemos filmaciones —enumeró con los dedos—. Se las vamos a subir a Instagram, y se las vamos a viralizar en Nordelta. Le vamos a mandar un sobre con fotos y un *pendrive*

a cada compañero del club de golf, a cada amigo y a toda la familia, la propia y la política. Y lo vamos a amenazar con escracharlo en la red interna de la compañía. ¡Le va a dar un ataque!

—Esas cosas me humillan también a mí —repuso la dama, pero Bruno captó de inmediato una levisísima vacilación. Y aprovechó:

—¿Con una pobre secretaria? Por favor, es un cliché de mal gusto, lo muestra como un tarado, un machirulo y un abusador. Y además, todos se van a poner de tu parte. Todos. Hasta su madre y sus hijos. No falla nunca.

—No quiero que mis hijos pasen por eso.

—Ah, ¿preferís que se levanten un día y descubran que su madre mató a su padre y está presa? Qué lindo negocio, el tuyo.

La clienta se llevó la mano armada a la cabeza, y Cora se asustó, pero solo se trataba de un gesto de agobio: se pasó el dorso por la frente y volvió rápidamente a apuntarla, aunque con menos firmeza.

—Si se arma un escándalo, en la empresa los echan a los dos —dijo a continuación, y Cora sintió que había ganado el primer round. Y que podía dar vuelta el partido.

—Y eso a vos no te conviene, porque es matar la gallina de los huevos de oro —le explicó—. Y te deja sin una carta con que presionarlo.

—¿Presionarlo?

—Vas a sacarle todo, lo vas a dejar más pobre que una rata.

—Es una rata.

—Lo que te corresponde por ley, y lo que no te corresponde también. —Cora volvió a usar los dedos—. La casa, el departamento de Miami, los terrenos de Neuquén, y el canuto.

—¿Qué canuto? —se sorprendió la dama, y por primera vez bajó la pistola.

—Tiene una *offshore*.

—Me mentís.

–Te lo juro, vía Hong Kong.

–Roñoso malparido –exclamó–. No puedo creerlo, nunca me dijo nada.

Cora estaba jurando en vano, inventando sobre la marcha, pero siguiendo un *modus operandi* cuya eficacia tenía bien probada.

–Se llama infidelidad financiera –le aclaró–. Te podemos ayudar a rastrear las cuentas. Lo tenés agarrado de los huevos. ¿Qué mayor desquite? Dame la pistola, dale. Es una boludez.

Cora dio otro paso y estiró la mano, aprovechando la claudicación y el desconcierto de su clienta. Pero la señora no estaba completamente convencida, así que volvió a levantar la Beretta 22.

–Puedo llamar a mi socia y empezar el operativo esta misma noche –le subrayó, sacando cuidadosamente del bolsillo el celular.

–¿Esta noche? –repitió, como atontada.

Cora Bruno dio un paso más, jugándose el pellejo y rogando que el infiel y su amante se demoraran otro ratito en la ducha. Porque si se abrían en ese instante las puertas del ascensor, la desechada iba a olvidar tantas ocurrencias y los iba a acribillar sin remedio. Pero el ascensor no dio muestras de vida, y la clienta no le disparó en el estómago, de modo que siguió avanzando y le sujetó cariñosamente el arma, sin arrancársela, esperando que recobrarla la lucidez y se la cediera. Se quedaron unos segundos unidas por ese cañón plateado, mirándose a los ojos, y al final la mujer abrió la mano y aflojó. En cuanto Cora se apoderó de la Beretta, libre de aquella tensión, la señora de Nordelta se descoyuntó en un llanto convulsivo, se apoyó en la columna y resbaló hasta quedar sentada. Tenía las piernas abiertas, la cara roja, el rímel corrido y las facciones hundidas. Cora sacó el cargador, tiró de la corredera con un chasquido y quitó la bala de recámara, y se acuclilló frente a la mujer. “Vamos a tomar una copa, que no nos encuentre acá”, le dijo en un susurro, acariciándole la mejilla

mojada. La ayudó a ponerse de pie, y no pudo evitar que la clienta la abrazara con fuerza. Después salieron a la vereda, caminaron del brazo hasta el Hilton, entraron en el bar y Cora le pidió un whisky. Se lo tomó sin hielo y sin respiro, y pidió otro. Estuvieron conversando una hora y media, mientras Cora solo bebía un litro de agua fría. Más tarde, llamó a Fina para que preparara la viralización de las fotos, y cuando las dos regresaron a sus respectivos automóviles, ya era evidente que la clienta había comprado sus discutibles y fantasiosos argumentos y que no volvería a intentar una locura. Pero, por si acaso, no le devolvió la Beretta, que fue a parar, así desarticulada e inofensiva, al doble fondo del baúl de la Kangoo. Cora llegó deshecha a Palermo, entró en el café y se acodó en la barra. Su hermana, que la conocía más que nadie en el mundo, le estudió el semblante y le dijo: “Un mal día, ¿no?”. Con todo el cansancio a cuestas, Cora asintió: “Pésimo. Dame algo fuerte”. Laura le trajo desde el fondo una porción de rogel: cuatro capas de masa con dulce leche y merengue italiano. Y al carajo con la maldita dieta.